

...quien el alma del cuerpo me divide.

FRANCISCO DE FIGUEROA.

QUIERO estar, quiero asirme a las raíces,  
ser vena combatiente de este cuerpo  
que derrama su savia  
para buscarla y devorarla luego.  
Quiero estar en la noche, aunque sus alas  
en la locura erijan casa y reino.  
Pero hay algo que brota y me embelesa,  
arrastra mis sentidos allá lejos  
y me empuja con fuerza hacia el olvido.  
Hay algo que se yergue como un sueño,  
irresistible como un labio herido  
y me arranca a las márgenes del tiempo,  
de la tierra asombrada...  
Voy sintiendo  
cómo cruzan mis pasos las fronteras  
de un planeta disperso  
donde la soledad dormita y crece  
como un ángel enfermo.



Ven despierta, abandona,  
cuerpo mío, alma mía,  
tu nueva casa y dime  
quién sus muros designa,  
cómo surge su cielo,  
con qué lunas limita,  
dónde huye y se esconde,  
al sentir su caricia,  
esta frente angustiada,  
esta amarga medida  
terrenal en que vive  
mi razón sometida.

Dime en qué para el ansia,  
la pasión, donde habitan  
los oscuros impulsos  
cuando dejan mi orilla;  
cómo el sueño es más sueño  
tras sus murallas íntimas,  
si soñar es mudarse  
de un deseo a un enigma,  
y ella es límite pleno,  
de claridad cumplida.

Ven, despierta, abandona,  
cuerpo mío, alma mía,  
tu nueva casa y v~~u~~elve  
a anudar tu semilla  
con tu llanto, tu sombra  
con tu cuerpo, tu vida  
con tu muerte. Ven, vuelve  
a este hogar en ruinas  
que nunca se dispersan,  
a esta isla perdida

donde el hombre su siembra  
de soledades cuida.  
Vuelve. Aquí está el esfuerzo,  
lo inmediato, la tímida  
hazaña, la pureza  
que en su máscara hundida  
te asesta el golpe y luego  
se asoma a tu agonía.  
Aquí está el labio sórdido  
junto al agua, la envidia  
sobre el beso, una sierpe  
repartiendo sonrisas;  
la esperanza, el anhelo  
huyendo a las jaurías  
de la duda... Aquí está  
la poesía.

Mírame bien, soy hombre, no desierto  
de este oscuro pantano en que mi vida  
nacio: aquí estoy,  
entre cadenas lívidas.  
Quizá, brotando ya, lleve en el pecho  
la rama que, más tarde, florecida,  
pueda crecer sin lágrimas, distante,  
señora, al fin, del sueño, dueña mía.